

La Resurrección de Cristo no es un hecho del pasado ni un dogma abstracto, sino una realidad viva y operante en el presente que debe transformar concretamente la existencia cristiana: su modo de creer, convivir, sufrir y esperar. La tensión central es entre **la Resurrección como hecho histórico-pasado** y **la Resurrección como realidad presente y vivificante**.

"No está aquí. Ha resucitado" (Mt 28,6)

Hoy la Iglesia celebra el acontecimiento más decisivo de la historia humana. No una efeméride que se repite año tras año y se aleja progresivamente de nosotros, sino una realidad que irrumpe hoy con toda su fuerza: Jesucristo ha resucitado de entre los muertos, y su vida es ya la vida del mundo.

I. El anuncio que lo cambia todo

La primera palabra de la Pascua es un anuncio, no un argumento. Pedro, ante la familia pagana de Cornelio — primer eslabón de la apertura universal del Evangelio—, no ofrece una demostración filosófica: recapitula la vida de Jesús, su muerte y su resurrección, y llama a ser testigo de lo que ha visto y comido con Él. Es el núcleo del kerigma: muerte y resurrección del Señor. Todo lo demás se sostiene o se derrumba sobre esta piedra.

La Resurrección, sin embargo, no es relatada por ningún evangelista. No podía serlo: no hay cronistas entre los dos mundos. Lo que los textos transmiten son las experiencias de los primeros testigos —incompletas, inconexas en los detalles, pero unánimes en lo esencial: Él vive. Y ese testimonio, prolongado durante veinte siglos, es el hilo conductor que nos une al Resucitado.

II. Bautizados en la Resurrección

Colosenses 3,1-4 es un texto nacido de la liturgia bautismal. Su anuncio es radical: por el Bautismo, la Resurrección no es solo nuestro destino futuro, sino nuestra condición presente. El verbo *syn-egertheite* —"haber resucitado con"— expresa que la fuerza pascual ya opera en quienes creen. No se trata de una actitud contemplativa o estética. Se trata de vivir ahora como resucitados: afrontar el fracaso como resucitados, adentrarse en la enfermedad como resucitados, habitar el dolor cotidiano como resucitados. Nuestra esperanza apunta más alto que lo histórico, pero debe encarnar en lo histórico con toda su fuerza.

III. Volver a Galilea

Las mujeres que madrugaron al sepulcro reciben una orden que interpela a cada generación cristiana: "Id a Galilea. Allí lo veréis." No busquéis al Resucitado entre los muertos. No lo encontraréis en una religión reducida a ritos vacíos, en una fe sostenida por fórmulas desgastadas, en una institución que ha sustituido la experiencia viva de Cristo con organización, doctrina o activismo pastoral.

Volver a Galilea significa volver al origen: escuchar de nuevo, con corazón sencillo y abierto, la Buena Noticia tal como fue proclamada por primera vez. Significa poner a Jesús en el centro —no la institución, no la teología, no el programa pastoral—, porque nada de eso da vida si en su raíz falta el Resucitado.

IV. Cristo vive ahora

La Pascua no celebra algo que sucedió. Celebra a Alguien que vive. Cristo resucitado habita ahora en la historia: sostiene todo lo bueno y bello que florece en nosotros como promesa de infinito; está en nuestras lágrimas como consuelo permanente; está en nuestros fracasos como fuerza que nos defiende; está en nuestra soledad como presencia silenciosa; está en nuestra muerte como vida que triunfa cuando parece extinguirse. Nadie está solo. Ningún grito cae en el vacío.

Por eso la Pascua es la fiesta de los que se sienten solos, de los que cargan con su pecado, de los que se saben mortales y han descubierto en el Resucitado la esperanza de una vida eterna.

V. Creer en el Resucitado: una fe concreta

Creer en el Resucitado no es asentir a una fórmula del Credo. Es creer que Él vive ahora, con plena creatividad y fuerza. Es saber que nuestra oración no es un monólogo vacío, sino diálogo con Alguien que escucha. Es dejarse interpelar por su Palabra viva, que es espíritu y vida para quien sabe alimentarse de ella. Es descubrirlo presente

en el más pequeño de los hermanos. Es saber que ni el sufrimiento, ni la injusticia, ni el pecado, ni la muerte tienen la última palabra. Solo el Resucitado es Señor de la vida y de la muerte.

VI. La vida que ya ha empezado

¿Para qué sirve creer en el Resucitado? Para vivir de otro modo: con confianza, porque no estamos solos ni caminamos sin meta; con libertad, porque la Vida es mucho más que esta vida y no necesitamos estrujarlo todo antes de que se acabe; con generosidad, porque vivir amando no es perder la vida, sino ganarla para siempre; y con gozo, porque cada experiencia de paz, de comunión, de solidaridad es ya un anticipo de la salvación de Dios.

Un día, todo lo que aquí quedó a medias, lo que fue arruinado por la enfermedad, el fracaso o el desamor, encontrará en Dios su plenitud. Creemos en el Resucitado porque creemos que no es la muerte quien tiene la última palabra, sino Dios.

3. COMO VIVIREMOS?

1. La Resurrección como acontecimiento presente, no como recuerdo lejano. El texto insiste con notable firmeza en que el error más grave del cristiano contemporáneo es tratar la Resurrección como un hecho del pasado. Cristo no "resucitó": *vive ahora*. Esta distinción temporal no es sutil: define toda la existencia cristiana. Una fe anclada en el pasado produce piedad arqueológica; una fe anclada en el Presente produce comunidad viva.

2. El peligro de una fe sin contacto vital con el Resucitado. El texto diagnostica con lucidez el vaciamiento espiritual de la Iglesia cuando la institución, la teología o la actividad pastoral sustituyen la experiencia directa del Resucitado. Es una advertencia de alta pertinencia pastoral: la organización puede crecer mientras la vida interior mengua.

3. El Bautismo como adelanto de la Resurrección. La recuperación del sentido bautismal es uno de los aportes más fuertes del texto. No somos cristianos que *esperan* resucitar: somos bautizados que *ya han resucitado con Cristo (syn-egertheite)*. Esto tiene implicancias inmediatas en la ética, el sufrimiento y la esperanza.

4. "Volver a Galilea" como criterio de renovación eclesial. La imagen de Galilea no es geográfica sino programática: nombra el lugar donde Jesús estuvo en el centro, donde la comunidad se formó en torno a Él, donde el Evangelio sonó en su pureza primera. Es un criterio de discernimiento para toda comunidad que quiera salir del sepulcro de la rutina.

5. La presencia del Resucitado en las zonas oscuras de la existencia. El texto desarrolla con belleza y profundidad la dimensión consoladora de la fe pascual: Cristo resucitado habita las lágrimas, los fracasos, las depresiones, los pecados, la muerte misma. Esta afirmación no es evasión del sufrimiento, sino su transfiguración. Tiene un enorme valor pastoral en contextos de dolor, duelo o desesperanza.

6. La Resurrección como fundamento del compromiso ético y social. "Pasar por el mundo haciendo el bien" no es un complemento moral de la fe: es su expresión más directa. El texto conecta con fuerza la Pascua con la lucha contra el mal, la defensa de la dignidad, la compasión activa y la esperanza social. Creer en el Resucitado implica comprometerse con su proyecto humanizador.